

# Moralidad, ¿imposible?

Pedro José Herraiz

Cuando hablamos de moralidad nos referimos, entre otras cosas, a condiciones de responsabilidad, de consciencia, de libertad, de intencionalidad deliberada, dadas en un sujeto o que constituyen un sujeto que actúa como tal. Típicamente, aunque no en exclusiva, las actuaciones mencionadas están referidas a otro u otros sujetos, incluso a pesar de que, en cuanto hablamos de moralidad, el término de dichas actuaciones sea el mismo sujeto actor. Hablamos, pues, de vida social. Inevitablemente, el sistema de interacciones que es la sociedad determina las condiciones señaladas: las hace posibles o las imposibilita, en la situación más radical. Lo que intento es esbozar, «grosso modo», el sentido (la dirección) que toma esa determinación en la sociedad planificada que vivimos, aceptando como cimientos los análisis primeros de M. Weber sobre la sociedad burocrática, ya en 1922, acogiéndome a la sombra de algunos de los hombres que se han preocupado por el tema.

Tendremos que partir de una consideración en que la organización burocrática se presente como medio instrumental en orden a la consecución de beneficios —económicos o sociales, según sea la asociación privada o pública—, que serán los fines de la asociación. Así, considerada como instrumento, la organización burocrática carece en sí misma de posibilidad de calificación moral.

Sin embargo, hay que tener en cuenta las observaciones de R. K. Merton respecto al *desplazamiento de los fines* por los medios y el *fundamento racional-legal* de la burocracia establecido por Weber. Para terminar de situar el análisis no podremos olvidarnos igualmente del *carácter totalizador*, de las dimensiones universales, que ha alcanzado la organización burocrática, como advierte A. Touraine. Según estas premisas todo miembro de una sociedad cae bajo el modelo

weberiano del funcionario y, por lo tanto, está incluido en las puntualizaciones que Merton hace a la conducta del funcionario<sup>1</sup>.

Si la *eficacia* es el medio al que sirve la burocracia como instrumento, aceptado lo anterior, por el desplazamiento de los medios a fines podemos establecer que la eficacia se convierte en fin por sí misma y con ella la organización burocrática. Si la eficacia organizativa pasa de medio a fin, adquiere posibilidad de calificación moral, calificación que vendrá determinada por el análisis de las características que asuma.

La eficacia organizativa constituida en fin *se sirve* de los hombres y de regulaciones legales racionales que determinan la conducta de los hombres en el ámbito de la organización. Por ello, el hombre interesa a la burocracia como utensilio y, por lo que a la organización se refiere, su única consideración es ésta. Si a esto añadimos el carácter global que ha adquirido la burocracia, el hombre en la sociedad planificada-burocratizada queda reducido absolutamente a ser un instrumento de la organización eficaz.

Si, por añadidura, tenemos en cuenta la exigencia kantiana de que para ser considerado sujeto moral el hombre ha de ser un fin por sí mismo y no un medio —tanto más respecto a un medio instrumental—, el hombre deja de ser sujeto moral. En cuanto que, alcanzado un cierto grado de burocracia, llega a ser considerado y, por mimetismo en expresión de M. Horkheimer, a considerarse a sí mismo *sólo* como instrumento de producción-consumo eficaz, el hombre ya no tiene posibilidad de establecerse fines sino sólo de aceptar el único fin incuestionable: la eficacia. De este modo, el «homo-machina» estructuralmente —por la misma configuración social burocrática— no tiene capacidad para ser sujeto moral ya que no se puede pedir responsabilidad moral a un mero instrumento: a una máquina, que, por la especialización y la reglamentación, tampoco puede tener conocimiento previo del alcance de sus actos ni necesita deliberar respecto a una intención en el orden de los fines ya clausurado.

Por otro lado, el carácter racional-legal de la organización burocrática establece la adhesión a unas reglas legalmente establecidas cuya legitimidad se basa en una acertada constitución formal y no, desde luego, en que sean buenas o malas —lo que ni se plantea—. Por tanto, siendo eficaces, son aceptadas masivamente por el pacto tácito.

<sup>1</sup> Para todas las referencias a Autores cfr.:

ARANGUREN, José Luis L.: *Ética*. Alianza Editorial. 1979.  
BECCARIA, C.: *De los delitos y las penas*. Ed. Orbis, S. A. 1984.  
GALBRAITH, J. K.: *El nuevo Estado industrial*. Ariel, 1980.  
HORKHEIMER, M.: *Crítica de la razón instrumental*. Sur. 1973.  
KANT, I.: *Crítica de la razón práctica*.  
MARCUSE, H.: *El hombre unidimensional*. Ariel. 1981.  
MERTON, R. K.: *Teoría y estructura sociales*. F.C.E. 1970.  
PEDRO, F.: *Ocio y tiempo libre*. Humanitas. 1984.  
TOFFLER, A.: *La tercera ola*. Plaza y Janés. 1980.  
TOURAINÉ, A.: *La sociedad postindustrial*. Ariel. 1973.  
WEBER, M.: *Economía y sociedad*. F.C.E. 1979.

De este modo, el individuo funcionarizado tiene el *deber* de acatar y seguir lo establecido por las normas aludidas. Su acción es en virtud del deber, no por la consideración de la bondad o malicia de tales normas. Este deber de sujeción a las normas está fundamentado, como queda apuntado, en la eficacia de las mismas y en su constitución formal consensual o pactada. El funcionario, en cuanto tal, no tiene responsabilidad moral, sino legal.

La sociedad producida por la organización burocrática es fundamental y estructuralmente *amoral*. En ella ha desaparecido la polaridad moral-inmoral, «unidimensional» en el análisis de H. Marcuse. Es amoral no en el sentido de que sea moralmente indiferente, sino en el de que es independiente de toda moralidad, haciendo desaparecer la vida moral. En esta sociedad la moralidad ha sido sustituida por la legalidad, previa desvinculación de ambas, en un proceso que se inicia con el mismo Beccaria en los preámbulos de la revolución industrial.

Evidentemente, desde un punto de vista moral, esto quiere decir que dicha sociedad y lo que la produce es calificable de *inmoral* —lo que presupone un resquicio para la moralidad— al codificar al sujeto humano no permitiéndole ser más que objeto de producción y consumo, impidiéndole, por tanto, desarrollar su identidad como hombre: «adaptación» según el sentido de Horkheimer, «alienación» en expresión de Touraine. Impidiéndole ser moral.

No podemos hablar con propiedad del dominio actual de una moral hedonista. Este pseudo-hedonismo no es expresión más que de una inercia sensual orientada al consumo complementario de la producción. No es fruto de la opción responsable por un sistema moral.

Ahora bien, quizá pensemos que en algún momento de este proceso instrumentalizador del hombre éste tiene la oportunidad de aceptarlo o rechazarlo. Sin embargo, esta oportunidad no llega a darse en la práctica. Habida cuenta del elemento absolutamente integrador de que está dotado este sistema, tal como analiza Touraine; lo que, de por sí, implica que no permite a nada estar fuera de él. Es decir, el hombre se encuentra desde que nace en una cárcel de la que no puede salir y, también desde que nace, está sometido a un proceso de concienciación integradora —publicidad masiva, entre otros elementos—, que tiene por objeto conseguir la adaptación-aceptación del sistema. De tal modo que, integrado desde el principio, llegará a la aceptación sin haber mediado elección consciente alguna.

Visto el carácter inmoral —por amoral— que presenta la sociedad altamente organizada burocráticamente, podríamos plantearnos cómo el hombre puede recuperar su identidad: su consciencia y su libertad y por ellas su responsabilidad y su capacidad de vida moral. A primera vista podría parecer que la solución está en *escapar a la integración*. Resistiéndose a ella el hombre recupera su capacidad de elección de fines y la libertad.

Desgraciadamente, la solución propuesta no parece tener muchas posibilidades de éxito si consideramos la necesidad «vital» que el aparato burocrático

tiene de crecer para sobrevivir y el empuje irresistible de su eficacia, al servicio también de ese crecimiento.

Parece que no haya solución: el sistema lo abarca *todo*, y lo que nos cabe esperar es que habrá siempre cada vez más de lo mismo, cada vez más perfección en la organización burocrática mecanicista.

Sin embargo, los datos, los simples hechos, muestran que la realidad dista mucho —cada vez más— de las oscuras perspectivas, puesto que, como analiza ya el mismo Merton, posteriormente Galbraith y, en otros aspectos, Horkheimer, Touraine y Marcuse, entre otros, el sistema organizativo tiene sus límites. Hay aspectos que escapan a su control *casi* omnipresente. Aún más, últimamente, A. Toffler percibe una ruptura de este sistema en todos los terrenos, al menos en sus condiciones físicas.

¿Por qué ocurre esto?: La funcionalidad perfecta de la máquina organizativa se ha roto porque *el hombre* como instrumento es relativamente —y conforme avanza la técnica, cada vez más— *poco eficaz* y, progresivamente, la máquina sustituye al hombre-máquina en el sistema.

Liberado repentinamente y a su pesar de su funcionalidad instrumental, sustituido por la máquina, el hombre descubre *su inutilidad*, lo que le lleva en la mayoría de los casos a la *frustración*: la enfermedad de la «reconversión», del paro forzoso, de la jubilación anticipada. El sistema aparta de sí —*margin*a— a lo no-útil en la doble vertiente de la producción y el consumo. Pero éste es el resquicio de que hablaba, la cuña por donde *puede romper* el sistema, haciendo buena la frase de W. Benjamin con la que Marcuse acaba *El hombre unidimensional*: «Sólo gracias a aquellos sin esperanza nos es dada la esperanza», no porque los desheredados a la fuerza por el sistema se lleguen a levantar contra el mismo: hundidos como están en su frustración, a lo que aspiran es a seguir «beneficiándose» del sistema. A este respecto, la delincuencia marginal potencia claramente el sistema, es funcional, aunque sorprenda. Pero no es más que una funcionalidad compulsiva que repite el sistema como en una caricatura, lo que nos *permite* por primera vez captarlo en su totalidad —ser conscientes— y descubrir sus disfunciones, sus lagunas.

Lo decisivo es que hemos descubierto un espacio marcado por la inutilidad, bien que ambiguo (funcional-disfuncional) por ser una inutilidad impuesta, forzada y, por ello, igualmente alienante. Sin embargo, una vez introducida esta cuña en el sistema, la brecha tiende a agrandarse. *Podemos* buscar y encontrar seguramente nuevos espacios definidos por la ineficacia según el sistema, esta vez asumida, querida, fruto de una opción tal vez contra viento y marea. Espacios sustraídos a la dinámica de la producción-consumo, con «sólo» —es una ironía— cambiar de actitud. Son los espacios del ocio, como los entiende Francesc Pedró, y que, a pesar de todos los condicionamientos, en cuanto espacios de ocio —no sólo de tiempo libre— abren al hombre a la posibilidad de una búsqueda de sí mismo y del descubrimiento de otras posibilidades humanas.

En cualquier caso, como se puede deducir, el sistema organizativo cuya

## Moralidad, ¿imposible?

finalidad es la eficacia sucumbe en la contradicción porque su impulso totalizador no llega a realizarse. En el extremo, la eficacia tomada como fin en sí misma se autodestruye muy a su pesar y deja de ser eficaz, paradójicamente: es promotora de disfunciones ineficaces y peligrosas al sistema, que nos permiten ver su alcance limitado. Pero, por lo mismo, al quedar la puerta entreabierta a la consciencia, nos pone en situación de optar. Podemos optar por ser morales o por ser amorales, es decir, por ser hombres o por ser máquinas. Aunque las condiciones de la elección son muy apretadas, la posibilidad de la misma existe: somos responsables moralmente de nuestra elección.